

El tiempo duro

Zulidey Solis Olivar*

En un pueblo muy lejano vivían dos ancianos y su hijo, muy humildes pero trabajadores, que aunque la edad de los viejecillos ya no se los permitía, la dedicación y el esfuerzo de José y sus padres le eran de gran ayuda para poder vivir el tiempo duro que estaba pasando el país, su casa era un pequeño jacalito ubicado en la parte más agreste del campo, pero la armonía, la paz y la tranquilidad lo era todo para ellos. Sólo tenían un poco de tierra que con mucho trabajo y esfuerzo habían desmontado para trabajar y poder cultivar sus cosechas, que posteriormente vendían en el tianguis del pueblo más cercano, de ella la cosecha que aduras penas se lograba sacar por el mal temporal que no se prestaba a ayudarlos. Don Pedro y doña Juana, su esposa, así como también José, su único hijo, pasaban largas jornadas de sol trabajando en el campo para poder plantar las semillas de maíz, estas eran guardadas por ellos mismos de los mejores granos de la cosecha anterior.

Cada tarde que llegaban a casa, al caer el Sol, después de vender su cosecha en el tianguis, la familia guardaba el poco dinero que ganaban de la venta de sus productos en un cofre de madera, ya desgastado por el tiempo, un poco viejo como era de suponer, y lo metían debajo del metate donde doña Juana echaba tortillas, ya que era su alimento de cada día, lo cubrían con un montón de piedras para que nadie lo pudiera ver. Se sentaban a la mesa don Pedro y José mientras esperaban un café con canela y pan que a doña Juana le salía muy sabroso, en el plato unos frijolititos molidos y unas buenas y grandes memelas de maíz para fortalecerse de una larga jornada de trabajo. Con el paso del tiempo hacían lo mismo, cada mañana se despertaba la familia a trabajar al campo y al término de cada cosecha salían a vender al tianguis.

*** Egresada de la Licenciatura en Historia por el Centro Interdisciplinario en Ciencias Sociales y Estudios Regionales del Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Autónoma del Estado de Morelos.**

Después de varios años, la familia había juntado lo suficiente para el tiempo duro de la época, después de la crisis de 1929 la situación del país era muy difícil para la población, no sólo en la ciudad, sino también en el campo, pues las cosechas ya no valían como antes y el recaudo costaba más y más. Don Pedro y doña Juana en los tiempos de descanso por la tarde, conversaban acerca de la delicada situación del país:

—¡Vieja qué bueno que todo el esfuerzo de mi José, tú y yo ha valido la pena!, hasta ahora hemos hecho nuestros ahorritos y estamos listos para lo que se presente.

—¡Mi José, tan chiquito mi hijito, pero como es de trabajador!, todo lo hacemos por él, porque sin por mi juera, comeríamos taco con sal, el trabajo es duro y laborioso, el sol pega como si juese latigazos.

—¡Arre, mujer, que esto va pa' rriba!, todo lo hacemos por nuestro José, pa' que no le ande mendigando a naiden.

Una mañana tras sacar la cosecha que era muy poca, Como es de costumbre, don Pedro y José salen camino a vender al tianguis del pueblo.

—¡Apá, Apá!, esta cosecha es muy poca y tu tenías que quedarte a regar el maíz, sino no tendremos la siguiente, si quieres sólo déjame aquí y te vas.

—¡Seguro!

—¡Tan seguro como he de llamarme José López Tepozteco, Apa!

—¡Ese es mi hijo!, vendré por ti al bajar el Sol, cuidate.

—¡pierda cuidado!, ya se todos los precios, si uno se me pone bravo pos, me lo calmo.

—¡Adiós!

—¡Adiós Apa!

Al llegar don Pedro a la casa:

—¿Qué haces aquí, viejo?

—José, se quedó vendiendo y yo tenía que regar el maíz, ya le toca a la plantita, sino se nos va a secar y no tendremos cosecha.

—Mi hijito es muy listo, el podrá solito, no es menso como nosotros, Pedro.

—Sí, por eso le tengo fe. Ahora me voy al campo que ya es tarde vieja.

Al término de regar el maíz, don Pedro va a casa por un agua fresca de guayaba, esas guayabas tan ricas que su mujer cortaba cerca del río. Al llegar a casa se encontró con la sorpresa de que una tropa de militares estaba en casa

Al llegar a casa se encontró con la sorpresa de que una tropa de militares estaba en casa con Doña Juana, forzándola a entregarles comida y el poco dinero que tuvieran.

con doña Juana, forzándola a entregarles comida y el poco dinero que tuvieran.

Al aparecer habían encontrado el escondite donde guardaban su dinerito, pero doña Juana no se los entregaría por ningún motivo.

—¡Tanto nos ha costado juntarlo, para que ustedes bandidos vengan a quitárnoslo! ¡Jamás, primero muerta antes que les entregue nuestros ahorritos!

—¡Mendiga vieja bruta, pos si quieres morir, morirás!

Al decir estas palabras le tiran un disparo directo en el corazón a doña Juana y esta muere al instante. Don Pedro corre de prisa, pero sin darle la oportunidad de llegar hasta donde estaba tirada doña Juana le dan un disparo directo en la cabeza. Los dos, a unos cuantos centímetros uno al lado del otro, quedan muertos. Los militares agarran el cofre con dinero y la comida que había en el jacal, salen de ahí, toman sus caballos y galopean a toda prisa.

Con el paso de las horas comienza a caer el atardecer y José, al no ver llegar a su apá, toma camino a casa. Vió todo lo sucedido: las muertes de sus padres; a cada uno de los militares, aquellos rostros que nunca se le han de olvidar... Caen lágrimas de sus ojos y lleno de sangre jura vengarse de quienes lo hicieron.

—¡Me las han de pagar esos malditos, juro que me las pagarán, cada uno pidirá clemencia de su alma, los jijos de su m...! ¡Tendré tanto poder y dinero que naiden me humillara, eso era lo que mi apá y mi amá me decían que los ahorritos que teníamos eran para mí, para no andar pidiendo frías y humillándose uno. ¡Les prometo que seré alguien en la vida mis viejos!

Con el paso de los años, José se reclutó con los militares. Hubo un gran cambio de carácter, y en el físico de José. Sirvió de soldado y se distinguió entre sus compañeros por su valor, su honradez y su instrucción militar, de modo que llegó a ser oficial en tan poco tiempo. Así, tuvo el suficiente poder para vengarse de quien le había quitado lo único que tenía, sus viejos. José cargaba tanto dolor y resentimiento en el corazón que no lo dejaban en paz hasta cumplir su juramento.

Pero, con muchas heridas en sus campañas militares y en su alma, heridas de las que todavía sufría, pidió su licencia para retirarse a descansar de los trabajos de la guerra, y sus jefes se la concedieron con muchas recomendaciones. José tomo un arma, conocía muy bien las regiones y

por supuesto sabía quiénes eran los que habían matado a sus viejos. Sin pensarlo vio cada uno de sus rostros, como los vio aquella vez que por miedo y siendo un niño no pudo hacer nada, ahora siendo un hombre y con una posición honorable quién iba a decir algo de lo que él hiciera. Mandó a unos hombre de toda su confianza a atrapar los asesinos de sus padres e hizo justicia por su propia mano.

—¡No nos mate, tenga misericordia de nosotros!

—¿Acaso ustedes la tuvieron con mis padres?, ¿acaso ustedes sabían lo que sentía en ese momento que los mataron sin piedad, sin remordimientos?, ¡ahora no me vengan a pedir misericordia, que no se las daré!

Suenan los disparos que José tira de su arma, caen unos tras otros.

José ya un joven letrado y con un buen por venir volvió al lugar de donde nació y comenzó una nueva vida, al jacalito de sus papaces, conoció una joven bella, María se llamaba, con la cual se casó y tuvo tres hijos. Sus viajes de soldado por el centro de la República, le habían sido muy útiles. Había aprovechado algunas ideas sobre la agricultura y horticultura, y las puso en práctica con tal éxito, que se veía una gran cosecha de maíz, calabaza, caña, una hermosa plantación de mucho por venir, que promete bastante. Sembró por todas partes de su jacal hermosas violetas como las de México. En suma, José era infatigable en sus tareas, parecía poseído por una especie de fiebre de trabajo, pero no era así, sólo era lo que sus viejos le habían enseñado, el valor del trabajo, para el tiempo duro.

Cada mañana, José al irse al campo les cantaba una canción a sus hijos que su padre cantaba.

—Cuánto los extraño viejos, pero cumplí, ahora me siento en paz con mi familia.

*Les voy a presentar al viejón
con orgullo lo digo es mi padre
para mí el viejón ha sido el mejor
por eso es que lo quiso mi madre,
yo le quiero dar gracias a dios
por prestarme a mis padres queridos
no hay dinero que pague al amor...
que el cariño para mi han tenido.*